

# ¡Divorçons!

No salgo de mi casa, porque no voy á ella para no encor trarme con el casero; ni tampoco salgo de mi asombro ante los sucesos políticos por no topár con otro fantasma espeluznante.

Con este tiempo tan sombrío todos estamos asombrados; y con esta política nebulosa parece que habitamos en Londres entre ingleses y nieblas.

Vivíamos en el mejor de los mundos como diría Figueroa Alcorta, que entiende tanto en cosas ultramundanas, cuando de pronto ¡zás! vino la primavera y se fué la coalición.

La estación florida llegó con paraguas y zapatos de goma, con vientos y chubascos, con fiestas italianas y bochinches criollos; pero la pobrecita vino hecha una sopa. La coalición se fué con un soponcio mayúsculo y con viruelas locas. ¡Fruto de primavera!

Don Pepe también se caló, porque llovió para todos. El país le había calado antes y cuando le creían melón de invierno, resultó pepinillo en vinagre.

Y tan avinagrado se le ha puesto el genio, que por un quítame allá esos grupos, rompió con la coalición, su sultana favorita desde que de vice simple, pasó á ser simple efectivo.

A la pobre muchacha le habían salido unos granitos en el Chaco, según se sube á mano izquierda, ó contra corrientes; cosa muy natural, porque al acabar el invierno florecen las lilas y salen botones hasta en los chalecos inservibles.

Pero don Pepe no lo pudo tolerar; Parece que su política era de burlete, que se arranca cuando viene el buen tiempo. La han tirado y ahora entra lo bueno. Hay que sacar el paraguas y empuñar el sobrefofo. ¿Para qué queremos éste si no nos queda ni todo ni parte? El paraguas sí, porque se anuncian nuevos chaparrones.

Pero volviendo al divorcio pepino ó de don Pepe, resulta que el hombre desde que se trata con Zeballos, que es cuasi un esteta hecho y derecho, no tolera ninguna imperfección, y hasta quiere hacer de Maneco, un profesor de belleza.

Nuestro presidente está furioso; es un sultán, un Asuero, y ante su vista no tiene gracia ninguna Ester, ni la mejor esterilla.

Un día vió que su odalisca republicana se había puesto algo colorada, cosa rara en ella, y antes de pelarla la interpeló:

—¿Qué tienes en esa mano?

—Señor, nada; como no sea dedos y palma.

—Los unos te los metes en el bolsillo, y con la palma te enterarán. Te pregunto ¿qué es eso colorado?

—Es el gorro frío; ¿no lo conoces ya?

—No quieres entenderme. Digo eso colorado junto á la muñeca.

—Hace años que no



tengo muñeca. Esto colorado es una erupción, un montón de granitos.

—A mí no me vengas con montoneras. Apretáte el gorro y mandáte mudar.

—Si me despides así, me iré á Corrientes y me llevaré á Lobos.

—Ni tú ni él me hacéis falta.

Y la pobre coalición se fué con sus lobos, sus corderos y toda su fauna, y se quedó Figueroa como el señor Avefría en busca de su mujer.

Cuando don Pepe se vió aislado y con grupos en Corrientes y en otras partes que no corren, abrazó á Bibiloni y le dijo:

—¡Al fin solos!

—Miau — dijo el gato, de la casa de gobierno.

—A falta de Lobos, me gusta Ortiz de Rozas, que es de La Plata y entiende de Monte-píos civiles y navales.

Mas, el platense platudo no cuajó y entonces pensó en Santa Marina ¡ora pro nobis! que tampoco quiso levantarse del banquillo para ir á buscar la hacienda alzada.

A todo esto llovía á cántaros, y Zeballos, se metió en los charcos, y armaba un barullo tremendo con sus chapaleos acuáticos.

Y vino Iriondo, y le sentaron en la silla y le dijeron:

—Papam habemus, que quiere decir: "ya está segura la papa".

Porque Iriondo entiende de ellas. En San Luis ha tragado muchas y ha visto evaporarse 40.000 pesos, que es un tubérculo pesadito.

Don Pepe no las tiene consigo todas (las papas). Le han despichado cuando iba á empezar el baile.

Como gauchito que cae á unos óleos con su guitarra encintada y su china á la grupa, así corría Figueroa Alcorta por los potreros de la política. Pero el pingo corcové y se fué á la querencia; la guitarra se le cayó porque no tiene dedos para guitarrero; y la china, que era la coalición, se fué con Roca, que es un gauchito más viejo y sabe cantar estilos. Figueroa sólo sabe cantar estilos.

Y el pobre se ha quedado como campero atorante con un poncho viejo que le ha dado Juárez, y con Maneco, que hace de pichicho feo.

Las víctimas han sido Mitre y Lobos; pero los correntinos han ido á verlos y les han dicho:

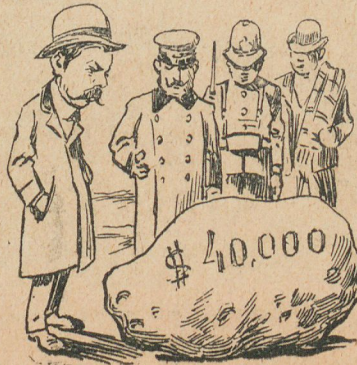
Ave, cesantes. Morituri salutant.

Y Udaondo, que entiende el latín, contestó por todos:

—Vosotros seréis moritos; pero nosotros no somos aves, ni nada. Y si acaso, fuimos pavos y... ¡veleay! Pero resucitaremos pronto.

Roca al oírlo se puso á reír y dijo:

—No lo dudo. Sois baquianos en eso de hacer el Cristo.



CRISPO SALUSTIO.